



JUNICHIRO

T
ANIZAKI

Diario de
un viejo loco

Conmovedora y poderosa, esta novela es el diario de Utsugi, un hombre de setenta y siete años, de gustos refinados, que se sabe en los últimos meses de su vida a causa de una enfermedad.

Utsugi cuenta en él los detalles de su apasionada obsesión por Satsuko, la atractiva mujer de su hijo, una antigua corista de oscuro pasado y acaso la única razón que lo mantiene con ganas de seguir con vida. Ella lo utiliza para conseguir regalos extravagantes y lujosos, a cambio de libertades cuidadosamente pensadas para mantener la excitación de su suegro.

Aunque el protagonista cuenta también en este diario su atormentada lucha contra los signos de la edad y algunos episodios de su rutina familiar, el eje central es sin duda la creciente pasión que le provoca Satsuko, una pasión que tendrá fatales consecuencias.

16 de junio

Esta tarde he ido al kabuki. Lo único que quería ver era *Sukeroku*, no tenía intención de quedarme a ver el resto del programa. Kanya en el papel de protagonista no me interesaba, pero Tossho hacía de Agemaki, y yo sabía que sería una cortesana hermosa. Fui con mi mujer y Satsuko; Jokichi vino de la oficina para acompañarnos. Solo mi mujer y yo conocíamos la obra; Satsuko la veía por primera vez. Mi mujer cree que la vio con Danjuro en el papel principal, pero no está segura. Yo tengo un recuerdo indeleble de haberle visto en ese papel. Debió de ser hacia 1897, cuando yo tenía trece o catorce años. Fue el último *Sukeroku* que hizo Danjuro; murió en 1903. En aquella época vivíamos en el distrito Honjo de Tokio, y todavía me acuerdo de que pasábamos por delante de una famosa tienda de grabados que había allí (pero no sé cómo se llamaba), que tenía en el escaparate un tríptico de *Sukeroku*.

Supongo que será el estreno de Kanya en el papel, y desde luego su actuación no me entusiasmó. Últimamente todos los actores se cubren las piernas con leotardos. A veces los leotardos se arrugan, y el efecto se arruina por completo. Deberían maquillarse las piernas y dejarlas al aire.

La Agemaki de Tossho me gustó mucho. Pensé que solo por eso merecía la pena haber ido. Otros quizá hayan interpretado mejor el papel, pero yo hace tiempo que no veía una Agemaki tan bella. Aunque no tengo inclinaciones homosexuales, recientemente he llegado a sentir una extraña atracción hacia los jóvenes actores del kabuki que hacen papeles de mujer. Pero no fuera del teatro. No me interesan si no están maquillados y vestidos de mujer. Bueno, pensándolo bien, quizá debería reconocer una cierta inclinación.

De joven tuve una experiencia de esa clase, pero solo una vez. Había un apuesto actor joven de papeles femeninos llamado Wakayama Chidori. Debutó en el Teatro Masago de Nakasu, y ya cuando se hizo un poco mayor hacía pareja con Arashi Yoshizaburo. Digo mayor, pero tenía unos treinta años y seguía siendo guapísimo: te parecía estar viendo a una mujer en lo mejor de la vida, nadie hubiera dicho que era un hombre. Haciendo el papel de la hija en el *Vestido de verano* de Koyo, yo la encontré, o mejor dicho lo encontré, absolutamente cautivador. Un día, bromeando, le comenté a la dueña de una casa de té que me gustaría invitarle a salir alguna noche vestido como salía a escena, y quizá incluso ver cómo era en la cama. «Déjelo en mis manos», me dijo; ¡y lo organizó! Todo salió a pedir de boca. Acostarse con él fue exactamente como acostarse con una *geisha* a la manera normal. En pocas palabras, era una mujer hasta el final; en ningún momento permitía que su pareja le viera como un hombre. Se vino a la cama con ropa interior de seda llamativa, y sin quitarse la complicada peluca se tendió, estando la habitación en penumbra, con la cabeza en un alto reposacabezas de madera. Fue una experiencia realmente extraña. Su habilidad era extraordinaria, pero no tenía nada de hermafrodita: era un varón espléndidamente equipado, solo que su técnica te hacía olvidarlo.

Aunque fuera habilísimo, el hecho es que a mí nunca me gustó ese tipo de cosas, y por lo tanto mi curiosidad quedó satisfecha con una única experiencia. Nunca la repetí. Entonces, ¿por qué ahora, cuando tengo setenta y siete años y ya no soy capaz ni siquiera de esas relaciones, he empezado a sentirme atraído no por las chicas guapas con pantalones, sino por los chicos apuestos vestidos de mujer? ¿Será que se ha reavivado mi viejo recuerdo de Wakayama Chidori? No lo creo. No, esto parece estar relacionado con la vida sexual de un viejo impotente; aunque seas impotente, tienes una cierta vida sexual...

Hoy se me cansa la mano. Lo dejo aquí.

17 de junio

image_saltop

Quiero añadir algo sobre lo que pasó ayer. Aunque anoche llovía (ha empezado la estación de las lluvias), yo pasé un calor agobiante. El teatro tenía aire acondicionado, por supuesto; pero a mí el acondicionamiento de aire me sienta muy mal. La neuralgia de la mano izquierda me dolió más que nunca, y también la insensibilidad de la piel se me puso peor. Siempre me molesta desde la muñeca hasta la punta de los dedos, pero anoche me dolía hasta la articulación del codo y a ratos más arriba, todo el brazo hasta el hombro.

—¿Qué te decía yo? —dijo mi mujer—. Pero tú no has querido hacerme caso. ¿Sigues pensando que merecía la pena venir? ¿A una representación de medio pelo como esta?

—No está tan mal. Ya solo mirar a esta Agemaki me ayuda a no pensar en el dolor.

Sus reproches redoblaron mi terquedad. Pero el brazo me estaba cogiendo mucho frío. Me había puesto una camiseta de punto de seda, un kimono sin forro de lana fina, transpirable, y encima un sobretodo de verano de seda cruda; llevaba además la mano izquierda metida en un guante de lana gris y sujetaba un calentador de bolsillo envuelto en un pañuelo.

—Yo entiendo lo que dice Padre —dijo Satsuko—. ¡Tossho es maravilloso!

—Cariño... —empezó Jokichi, pero cambió de tono—. Satsuko, ¿de veras te gusta a ti también su manera de actuar?

—Su manera de actuar no sé, pero a mis ojos es guapísimo. Padre, ¿por qué no venimos mañana a la *matinée*?

Están haciendo la escena de la Casa de Té de *Los amantes suicidas de Amijima*, ¡seguro que ahí está maravilloso! ¿No le apetece venir mañana? Cuanto más lo retrasemos, más calor hará.

La verdad es que el brazo me estaba dando tanta guerra que mi primera idea fue desechar el programa de la *matinée*, pero las quejas de mi mujer hicieron que me dieran ganas de ir, por pura cabezonería. Satsuko lo supo ver al instante. La razón de que haya caído en desgracia ante mi mujer es que en este tipo de ocasiones no le hace caso e intenta congraciarse conmigo. Imagino que será verdad que le gusta Tossho, pero seguramente le interesa más Danko, que hacía el papel principal.

La escena de la Casa de Té, en el programa de esta tarde, empezaba a las dos y acababa hacia las tres y veinte. Hoy hacía más calor que ayer, con un sol achicharrante. A mí me preocupaba el calor, pero sobre todo el efecto de aquella refrigeración excesiva sobre mi brazo. Hoy el enfriamiento sería tanto peor. El chófer quiso que saliéramos de casa pronto. «Anoche no hubo ningún problema», dijo. «Pero a estas horas seguro que nos encontramos con alguna manifestación en las cercanías del Parlamento o de la Embajada Americana». Tuvimos que salir a la una. Íbamos solo los tres, porque Jokichi no se sumó.

Afortunadamente llegamos sin demasiado retraso. Como todavía estaban los teloneros, pasamos al restaurante a esperar que acabasen. Satsuko y mi mujer pidieron helados, y yo también quise tomar uno, pero mi mujer me lo impidió. La escena de la Casa de Té la hacían Tossho en el papel de Koharu, Danko en el de Jihei y Ennosuke en el de Magoemon. Yo recuerdo haberla visto hace años en el Teatro Shintomi, con el padre de Ennosuke haciendo de Magoemon, y el Baiko de antes en el papel de Koharu. El Jihei de Danko era muy intenso, se veía que estaba poniendo toda la carne en el asador; pero a él también se le veía demasiado tenso, demasiado forzado, y acabó envarado y ner-

vioso. Claro está que no cabía esperar otra cosa de un muchacho joven en un papel tan importante; confiemos en que sus esfuerzos le resulten de algún provecho. Pero, en mi opinión, debería haber escogido un papel del repertorio de Edo en lugar de intentar hacer un personaje de Osaka. Tossho también hoy estaba guapo, aunque yo tengo la impresión de que estaba mejor en Agemaki. No nos quedamos a la tercera pieza del programa.

—Ya que hemos venido hasta aquí, vamos a unos grandes almacenes —dije, esperando que mi mujer se opusiera. Así fue.

—¿No te parece que ya has tenido suficiente aire acondicionado? ¡Con el calor que hace, tú tendrías que ir derecho a casa!

—¿Has visto cómo está esto? —Y le mostré la punta de mi bastón de madera de *snakewood*—. Se le ha caído la contera. No sé por qué, pero nunca duran; dos o tres años como mucho. A lo mejor en Isetan encuentro un bastón que me guste.

La verdad es que estaba pensando en otra cosa, pero no lo dije.

—Nomura, ¿crees que podremos evitar las manifestaciones en el camino de vuelta?

—Sí, señor.

Según nuestro chófer, hoy había salido una facción de la Federación de Estudiantes: parece ser que planeaban reunirse en el Parque Hibiya a las dos para dirigirse al Parlamento y a la Jefatura de Policía. No pasaría nada si no entrábamos en aquella parte de la ciudad, dijo.

Los complementos de hombre estaban en la tercera planta; no había ningún bastón que me gustara. Sugerí pararnos en la segunda para ver la muestra especial de moda femenina. Habían empezado las rebajas de verano y los almacenes estaban de bote en bote. Vimos toda clase de prendas estivales «a la italiana», de famosos diseñadores de alta costura. Satsuko no se cansaba de exclamar que eran

maravillosas y no quería marcharse. Yo le compré un *foulard* de seda de Cardin que costaba tres mil yenes.

—¡Me muero por tener uno así, pero son demasiado caros!

Suspiraba de admiración ante un bolso importado de ante beis, con la armadura tachonada de zafiros de imitación. Costaba veintitantos mil yenes.

—Dile a Jokichi que te lo regale. Él lo puede pagar.

—Ni me molesto. Es muy tacaño.

A las cinco propuse ir a cenar al Ginza.

—¿A qué sitio del Ginza? —preguntó mi mujer.

—Vamos a Hamasaku. Últimamente tengo ganas de comer anguila.

Le pedí a Satsuko que llamara para reservar en la barra. Le dije que llamara también a Jokichi para pedirle que se reuniera allí con nosotros a las seis si podía. Nomura dijo que los manifestantes se acercarían al Ginza a eso de las diez, antes de dispersarse. Si íbamos ya, a las ocho podíamos estar de vuelta en casa sin encontrarnos con ningún tropiezo. Todo lo que había que hacer era acercarse al centro dando un rodeo por el otro lado del palacio y no habría nada que temer...

18 de junio

image_saltop

(Continúa lo de ayer).

Llegamos a Hamasaku a las seis. Jokichi ya nos estaba esperando. Mi mujer y yo nos sentamos juntos, y después Satsuko y Jokichi, por este orden. Mientras nosotros bebíamos té verde, los jóvenes tomaban cerveza; nuestro aperitivo fue tofu frío, pero el de ellos era distinto, para combinar con su bebida. Yo pedí también salpicón de pescado. De *sashimi*, mi mujer y Jokichi pidieron besugo en rodajas fi-

nas, y Satsuko y yo quisimos *hamo* de anguila con salsa de ciruela. Yo fui el único que comió anguila a la parrilla, porque los demás prefirieron una parrilla de ayu; todos comimos timbales de setas y salteado de berenjenas.

—Yo quisiera algo más —dije.

—¿Lo dices en serio? —preguntó mi mujer con incredulidad—. ¿No has comido bastante?

—No es que tenga hambre, es que cada vez que vengo aquí me dan muchísimas ganas de comer comida de Kioto.

—Veo que tienen *guji* —dijo Jokichi.

—¿Le apetecería acabarse esto, Padre? —Satsuko casi no había tocado el *hamo*; había tomado solo un par de rodajas, con la idea de pasarme el resto. Para ser sincero, tal vez yo fui allí anoche con la esperanza (o con el designio) de recibir sus sobras.

—Me parece muy bien, pero he devorado lo mío tan deprisa que ya me han retirado la salsa de ciruela.

—También me queda un poco. —Satsuko me pasó la salsera junto con la anguila—. ¿O le pido otra?

—No te molestes. Está bien así.

A pesar de su escaso interés por el *hamo*, Satsuko había esparcido salsa de ciruela por todos lados, lo que no se podía decir que fuera una manera de comer muy educada. Tal vez lo hiciera a propósito.

—Aquí tienes la parte del ayu que te gusta —dijo mi mujer. Tiene un talento especial para sacar la espina limpiamente; la aparta con la cabeza y la cola y se come hasta la última brizna de carne, dejando el plato como si un gato le hubiera pasado la lengua. También tiene la costumbre de guardarme las vísceras.

—Tómese también la mía —ofreció Satsuko—. Aunque, dada mi torpeza para comer el pescado, no está tan limpia como la de Madre.

Era poco decir. Los despojos de su ayu eran todavía más pringosos que la salsa de ciruela. Me pareció que también aquello podría tener su significado.

Durante la conversación Jokichi comentó que dentro de unos días tiene que ir a Hokkaido en viaje de negocios. Espera quedarse cerca de una semana, y le dijo a Satsuko que podía acompañarle si quería. Ella, tras pensárselo un momento, dijo que siempre había querido ir a Hokkaido en verano pero que lo dejaría pasar esta vez, porque le había prometido a Haruhisa ir al boxeo el día 20. Jokichi dijo: «¿Ah?», y no insistió. Llegamos a casa hacia las siete y media.

Esta mañana, después de que Keisuke se fuera al colegio y Jokichi a su oficina, fui dando un paseo hasta el pabellón del jardín. Es una distancia de unos cien metros, pero últimamente estoy perdiendo fuerza en las piernas y cada día me cuesta más trabajo andar. Algo ha tenido que ver la humedad de la estación de las lluvias, aunque el año pasado no me afectó así. Las piernas no me duelen tanto ni son tan sensibles al frío como los brazos, pero las noto extrañamente pesadas y como si tendieran a tropezar una con otra. Unas veces la pesadez se centra en la rodilla y otras en el empeine o en la planta de los pies; varía de un día al siguiente. También los médicos tienen diferentes opiniones al respecto. Uno me dice que son todavía secuelas del ligero ataque cerebral que tuve hace años, fruto del cual fue una leve lesión que me afecta a las piernas. Cuando me vieron por rayos me dijeron que tengo deformadas las vértebras cervicales y lumbares, y que debía empezar a usar una cama deslizante y colgarme del cuello, y también me aconsejaron ponerme alrededor del cuello una escayola temporal. Yo no soporto estar aprisionado y estrujado de esa manera, así que he intentado aguantar con el problema de las piernas. Aunque se me haga difícil andar, tengo que caminar por lo menos un poco cada día. Me han advertido que si no camino no tardaré en perder del todo el uso de las piernas. Para no caerme me apoyo en un bastón de bambú, pero lo normal es que Satsuko o la enfermera o alguien vaya conmigo. Esta mañana ha sido Satsuko.

—Toma, Satsuko.

Mientras descansaba en el pabellón saqué de la manga del kimono un fajo de billetes muy dobladito y se lo puse en la mano.

—¿Qué es esto?

—Veinticinco mil yenes. Para que te compres el bolso que viste ayer.

—¡Qué ilusión!

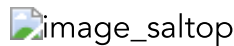
Rápidamente se guardó el dinero en la blusa.

—Pero si mi mujer te ve con él, puede sospechar que yo te lo he comprado.

—Mamá no lo vio cuando estábamos en los almacenes. En ese momento iba por delante de nosotros.

Ahora que lo pienso, Satsuko tenía toda la razón...

19 de junio



Aunque hoy es domingo, Jokichi partió esta mañana del aeropuerto de Haneda en su viaje de negocios. Satsuko salió de casa poco después de él, en el Hillman. Ha pasado a ser su coche privado: conduciendo como conduce, a los demás nos da miedo ir con ella. Satsuko no iba al aeropuerto; iba a un cine del centro para ver a Alain Delon, probablemente en compañía de Haruhisa otra vez. Keisuke ha estado aburriéndose solo por la casa. Parecía esperar con impaciencia la llegada de Kugako y los niños, que vienen de Tsujido.

El doctor Sugita me ha visitado poco después de la una. Tenía tanto dolor que la señorita Sasaki se decidió a llamarle por teléfono. Según el diagnóstico del doctor Kajiura en el Hospital Universitario de Tokio, a estas alturas la lesión de mi cerebro está casi totalmente reparada; los dolores que sufro indican el comienzo de una afección reumática o

neurálgica. Por consejo del doctor Sugita fui el otro día al Hospital Toranomom para someterme a un examen ortopédico con rayos X. Me asustaron diciéndome que podía tener un cáncer, por ser tan fuerte el dolor del brazo y estar borrosa la zona de alrededor de las vértebras cervicales; y hasta me hicieron una tomografía del cuello. Afortunadamente no había cáncer, pero dijeron que tengo deformadas la quinta y la séptima vértebras cervicales. También las vértebras lumbares, pero no tanto. Siendo esa la causa del dolor y del entumecimiento del brazo, la manera de curarlo es hacer una tabla lisa, resbaladiza, ponerle debajo unas ruedas deslizantes e inclinarla en un ángulo de unos 30 grados para tumbarme en ella mañana y tarde, al principio durante unos quince minutos, con el cuello en un «cabestrillo de Glisson» (un aparato ortopédico hecho a medida por un especialista), de modo que el peso del cuerpo me estire el cuello. Manteniendo ese ejercicio durante dos o tres meses, incrementando gradualmente su duración y frecuencia, me encontraría mejor. Con el calor que hace yo no tengo la menor gana de hacer nada de eso, pero el doctor Sugita me animó a probarlo, a falta de mejor tratamiento. No sé si lo haré o no, pero he decidido llamar a un carpintero y a un ortopeda y encargar el aparato.

Kugako vino alrededor de las dos. Traía consigo a sus dos hijos menores; el otro estaba en un partido de béisbol o no sé dónde. Akiko y Natsuji se fueron inmediatamente a la habitación de Keisuke. Parece ser que piensan ir al zoo. Kugako asomó la cabeza para saludar, y ahora mismo está en el cuarto de estar charlando por los codos con mi mujer, como hace siempre.

Hoy no tengo más cosas que escribir, así que voy a tratar de anotar algunos de los pensamientos que vienen asediando mi mente.

Quizá a todo el mundo le pase en la vejez, pero últimamente no hay un solo día en el que no piense en la muerte. En mi caso, de todos modos, tampoco es nada nuevo. Lle-

vo haciéndolo mucho tiempo, desde los veinte años, pero ahora más que nunca. Dos o tres veces al día pienso para mí: «Hoy me puedo morir». No es que esos pensamientos necesariamente me asusten. Cuando era joven sí me aterrizaraban, pero ahora incluso me dan cierto placer. Dejo que mi imaginación pinte la escena de mis últimos momentos y de lo que seguirá a mi muerte. En lugar de que las exequias se hagan en el salón funerario del cementerio de Aoyama, quiero que mi féretro se coloque en la habitación de diez esteras que da al jardín. Será cómodo para la gente que venga a ofrecer incienso: podrán pasar de la puerta principal a la puerta de dentro y seguir la senda de piedras. No me gusta la música de estilo shinto con flauta de cañas y dulzaina, pero habrá alguien como Tomiyama Seikin que cante «La luna al amanecer». Casi me parece estar oyendo su voz:

*Semioculta por los pinos de la orilla,
la luna se hunde hacia el mar.
¿Has despertado del sueño de este mundo
para vivir en la luz pura del Paraíso?*

Se supone que yo estaré muerto, pero siento como si de todos modos lo pudiera oír. También oigo que mi mujer llora. Hasta Itsuko y Kugako sollozan, aunque jamás he podido llevarme bien con ellas. Seguro que Satsuko está serena; o quizá sorprenda a todo el mundo llorando. Por lo menos lo fingirá. Me pregunto qué cara tendré cuando esté muerto. Me gustaría que quedara tan rellenita como la tengo ahora, incluso hasta el punto de ser un poquito repulsiva...

Había llegado hasta aquí cuando entró mi mujer con Kugako y anunció que Kugako quería pedirme un favor.

El «favor» era este. Dice Kugako que su hijo mayor, Tsutomu, tiene novia y se quiere casar. La verdad es que es demasiado joven, está todavía en el segundo curso de la enseñanza superior, pero han decidido darle el visto bueno.

De todos modos no ven claro que la joven pareja se instale sola en un apartamento, así que les gustaría que vivieran con ellos hasta que Tsumotu saque el título y encuentre trabajo. Pero la casa que ahora ocupan en Tsujido no es lo bastante grande. Ya ahora resulta pequeña para Kugako, su marido y sus tres hijos. Y si Tsumotu se casa, antes o después llegará un niño. Ante esa perspectiva, quieren mudarse a una casa más espaciosa y más moderna, y allí mismo en Tsujido, a cinco o seis manzanas, se ha puesto en venta exactamente la casa que buscan, y están tratando de reunir el dinero para comprarla. Les faltan todavía dos o tres millones de yenes. Pueden rascar otro millón, pero más sería muy difícil en este momento. No se trata, claro está, de que Kugako le esté pidiendo a su padre que se lo dé. Piensan pedir un préstamo en el banco, pero Kugako querría saber si yo les podría ayudar prestándoles los veinte mil yenes que necesitarán para el anticipo de intereses. Lo devolverían antes de que acabe el año que viene.

—¿No tenéis acciones? —le he dicho—. ¿No las podéis vender?

—¡Si vendiéramos las acciones nos quedaríamos sin nada!

—¡Por supuesto! —coreó mi mujer—. ¡Eso no debéis ni tocarlo!

—Sí, queremos guardarlo para una emergencia.

—¿De qué hablas? Tu marido todavía no ha cumplido los cincuenta años. ¿Cómo se puede ser tan timorato a esa edad?

—Kugako jamás te ha pedido nada desde que se casó —dijo mi mujer—. Esta es la primera vez. ¿No te parece que deberías dárselo?

—Dice que son veinte mil yenes, pero ¿qué harán si no pueden pagar el plazo siguiente?

—No vamos a preocuparnos por eso antes de tiempo.

—Entonces no se acabará nunca.

—Desde luego el marido de Kugako no te va a ocasionar el menor problema. Lo único que está diciendo es que agradecería una pequeña ayuda ahora, para no perder la casa.

—¿No te parece que tú podrías encontrarles el dinero de ese anticipo? —pregunté a mi mujer.

—¡Cómo se te ocurre pedírmelo a mí! ¡Cuando a Satsuko le compraste el Hillman!

Eso me molestó, y decidí negarme. Entonces me encontré mejor.

—Bueno, dejadme que lo piense —dije.

—¿No les puedes dar una respuesta hoy? —insistió mi mujer.

—Ahora mismo tengo muchos gastos.

Murmurando algo entre ellas, salieron de la habitación.

¡Vaya momento para venir a interrumpirme! Bueno, a ver si consigo llevar mis pensamientos un poco más lejos.

Hasta que entré en la cincuentena no había nada que más miedo me diera que las premoniciones de muerte, pero ahora ya no es así. Quizá esté ya cansado de la vida; siento como si diera igual la fecha en que me muera. El otro día, en el Hospital Toranomon, cuando me dijeron que podía ser cáncer, mi mujer y la señorita Sasaki palidecieron, pero yo me quedé tan tranquilo. Fue sorprendente encontrarse tranquilo en un momento así. Sentí casi alivio de pensar que mi larga existencia fuera a acabar por fin. Así que no tengo el más mínimo deseo de aferrarme a la vida; pero mientras viva, no puedo dejar de sentir la atracción del sexo opuesto. Estoy convencido de que va a ser así hasta mi último suspiro. Yo no tengo el vigor de un hombre como Kuhara Fusanosuke, que consiguió engendrar un hijo a los noventa años; soy ya totalmente impotente. Aun así, puedo disfrutar del estímulo sexual por todo tipo de vías retorcidas, indirectas. En la actualidad vivo para ese placer, y para el placer de comer. Solo Satsuko parece barruntar lo que pasa por mi cabeza. Es la única persona de la casa que tie-